

Opinión

LA TRIBUNA

El hombre, los conflictos y las sociedades

**Roberto Savio**

Fundador y presidente emérito de Inter Press Service

MIENTRAS la guerra en Iraq desencadenó manifestaciones masivas en todo el mundo, el aumento del número de combatientes en Afganistán sólo genera pequeños debates en algunos pocos parlamentos. Obviamente, la intervención en Afganistán es mucho más "legítima" que la invasión de Iraq, basada en los falsos presupuestos de la existencia de armas de destrucción masiva, o la complicidad de Saddam Husein en la destrucción de las Torres Gemelas. Pero no deja de ser significativo que la guerra, con sus altos costes humanos, sea ya aceptada como algo inevitable, con una resignación incluso desde el mismo movimiento por la paz en el mundo.

Lo cierto es que el hombre tiende a activar el conflicto como algo natural y espontáneo. La existencia de una sociedad de leyes y de reglas es la que logra controlar algo esta tendencia.

Con el pasar de los siglos, los principios y los valores aceptados por las sociedades, antes a escala nacional y después a nivel internacional (estamos todavía lejos de llegar a un punto aceptable), se han ido afinando. Por ejemplo, ahora se ha comenzado a admitir que pueda haber intervención humanitaria internacional en caso de situaciones de conflicto que afecten a muchos civiles inocentes. Es decir: las guerras no tienen que superar ciertos límites de barbarie.

La pregunta hoy es: ¿se podrían volver a destruir Dresde o Hiroshima, sin un reproche moral mundial, que en estos dos ejemplos de aniquilación de civiles (y no de objetivos militares), no se dio en la conciencia de la época?

En otras palabras, los conflictos sólo pueden tener como límite el nivel de civilización en el cual se desarrollan. Cuanto más primitiva sea una sociedad, más frecuentes son los conflictos y la muerte de civiles inermes, de mujeres y niños.

Pero, pongamos por caso que un extrater-



restre desembarca en una ciudad del planeta Tierra, se presenta ante los ciudadanos atónitos, y pregunta dónde está. Supongamos que algún humano le vaya explicando la existencia de naciones y los pueblos. Y que el extraterrestre le pregunta cómo se relacionan estas naciones, y que el humano le conteste que existe un organismo de gobernabilidad mundial, que se llama Naciones Unidas, que sus órganos son elegidos por todos los países, y que está formado por la Asamblea General, el Secretario, y el Consejo de Seguridad, además de agencias, fondos y programas. Y que el Consejo de Seguridad es el organismo encargado de evitar y dirimir sobre la gestión de guerras en la Tierra. Allí el extraterrestre descubre la existencia de las guerras y pregunta cómo se hacen, y se le contesta que con las armas.



Y durante un cuestionamiento más detallado, se le explica al visitante del espacio que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad son los responsables del 82% del comercio de armas en el mundo (Estados Unidos es, de lejos, el más grande comerciante). Llegados a este punto de la conversación no sería de extrañar que el extraterrestre despegara inmediatamente en su nave de última generación pa-

ra buscar un planeta más lógico y coherente en el que hacer turismo de paz.

Es, tal vez, por esta falta de lógica que los grandes acontecimientos siempre han abierto esperanzas de reducción de conflictos y consumo en armamento. El fin de la guerra fría fue acompañado por la expectativa de recoger dividendos de paz. El fin de enormes gastos militares hubiera permitido liberar fondos para la paz mundial, ayudando al desarrollo, reduciendo las enfermedades, aumentando la esperanza de vida de las dos terceras partes de la humanidad en el Sur del mundo. Estos dividendos no se han hecho efectivos en ningún momento, y Estados Unidos hoy gasta en armamento una suma igual a la del bloque de 20 países que le siguen en este triste ranking.

La llegada de Obama al poder, tras ocho años de un presidente que era conocido como el "presidente de la guerra" y que abogaba por una guerra infinita contra el mal, ha sido también considerada un momento crucial. Pero, en lo que se refiere a gastos militares, a sus aspectos legales, y al conflicto en Afganistán, no hay cambios reales entre ambos mandatos, fuera del muy importante esfuerzo realizado por el gobierno de Obama para reducir los armamentos atómicos. Más bien, el tema ahora es cuánto aumentar las tropas en Afganistán. Es curioso, pero en la historia moderna de Estados Unidos, sólo hubo un presidente bajo el cual Washington no estuvo comprometida en algún conflicto: el muy impopular Jimmy Carter.

Hace diez años, la Asamblea General de la ONU aprobó la Declaración y sus recomendaciones para un Programa de Acción sobre una Cultura de Paz. Se trata de uno de los documentos más modernos y éticos que han surgido de la comunidad internacional. Muy poco se ha ido implementando con el paso del tiempo. Pero este esfuerzo ha elevado el nivel de civilización en que vivimos, y convierte las guerras, si cabe, en más odiosas. Cada oleada de paz en contra de una muralla de violencia contribuye a su derrumbe.

En colaboración con la  Fundación Cultura de Paz e  SIPPS, en el marco del 10º aniversario de la Declaración y Plan de Acción para una Cultura de Paz 1999-2009.

AL PUNTO

Juan Ojeda



Cuestión de prioridades

CUANDO uno se intenta poner en la situación de cualquier ciudadano, la mayoría, que no haya andado por los entresijos de la política o el periodismo —que son terrenos absolutamente interconectados, para bien y para mal— y tenga que hacerse una idea de lo que está pasando, en base a lo que se dice en los foros políticos, y que lee en los periódicos o escucha en la radio o la televisión, no tiene un más remedio que asombrarse de la dificultad que ha de encontrar para hacerse una idea, más o menos fiel, de lo que ocurre o de lo que puede ocurrir.

El primer punto de desconcierto está en esa especie de espectáculo de fuegos artificiales en que se ha convertido la confrontación política y que se contempla, bien detallado, a través de los medios de comunicación. Y lo de fuegos artificiales es porque, al contrario de un incendio en condiciones, que quema, arrasa y deja todo convertido en un baldío, los de artificios son atractivos, desde el punto de vista mediático, porque dan juego y ofrecen diversión al personal, aunque apenas dejan huella. Ya verán ustedes de lo que nos vamos a acordar, dentro de unos meses, de lo que ahora se está diciendo, y de esas esgrimas verbales que parecen que van a degollar al adversario. Lo que pasa es que, tal como nos las pintan, parece que son el núcleo de nuestra existencia.

Una cosa es lo que te entretiene, los fuegos artificiales, y otra la que te preocupa de verdad, es decir, el fuego que te arrasa

Pero resulta que la inmensa mayoría de los ciudadanos, por muy entretenido que sea el debate, se quedan atónitos al ver que de sus verdaderos problemas —ya sabemos que a más de la mitad de los españoles les cuesta mucho trabajo llegar a fin de mes— las referencias son mínimas. Y muchos piensan que frente a todo el tiempo que se emplea discutiendo sobre la calidad y cantidad de los chorizos ibéricos, sobre quién tiene el almacén de embutidos más grande, o sobre quién se los come con gusto, o se los traga por fuerza, se dedica muy poco a poner el dedo en la llaga de lo que nos está pasando y de cómo vamos a resolverlo.

Por supuesto que no se trata de que se silencie la corrupción, los chanchullos o los tejemanejes. Al contrario, hay que denunciarlos, exponerlos y acabar con ellos. Lo que es peligroso, y estéril, es utilizarlos como excusa para no afrontar el debate serio sobre las consecuencias, y las soluciones, de esta crisis, que no es un fuego artificial sino un incendio de verdad. Un fuego que está acabando para mucha gente con una forma de vida que creía asegurada para siempre. Una cosa es lo que te entretiene, los fuegos artificiales, y otra la que te preocupa de verdad, es decir el fuego que te arrasa. No son incompatibles, pero todo es cuestión de prioridades.

RELOJ DE SOL

Joaquín Pérez Azaústre



El aborto y su ley

El aborto y su ley, como corte de digestión ética, es un cordón moral que ahora estrangula parte del debate ciudadano: no la proporción real más inmediata, que está en la crisis, sino otra creada por el Gobierno únicamente, sacando de la nada el fantasma de aborto sí o aborto no, que ya estaba superado, entre otras cosas, por dos legislaturas del Partido Popular. Pero el Gobierno, en ese afán filántropo por ampliar el radio de debate de la gente, ha recuperado el del aborto con ese punto retro, con la vieja nostalgia de los días de ese otro dilema, el del divorcio, que afortunadamente sí se ha superado, sobre todos después de que gran parte de sus detractores más furiosos acabaran divorciándose, esos mismos tiempos en los que muchas de las madres militantes en asociaciones antiabortistas llevaban a sus hijas hasta Londres para perfeccionar su inglés intrauterino.

El aborto y su ley se han presentado como un maniqueísmo, como un gran festival de los héroes contra los villanos, se encuentran ambos en unas filas o en las otras. Así, la bipolaridad rampante del conflicto ha conseguido que, según el punto de mira del análisis, cualquiera de nosotros que exprese libremente su opinión quede clasificado, automáticamente, como un facha carcamal con rictus de meapilas o como un furibundo partidario del asesinato. Esta bi-

furación no admite territorios intermedios, de manera que uno o está con las manifestaciones de ferviente emoción, con el jersey de punto y la camisa blanca de cuellos bien planchados armado por una guitarra que enumera todas las canciones de misa de domingo, o es un infanticida: porque las dos posturas no es que se hayan extremado, sino que son extremas de por sí por ignorar a quien no está extremado. El tema más candente de la ley parece ser el derecho de las chicas menores de edad a poder abortar sin el consentimiento de sus padres. No entiendo la polémica: el asunto es aborto no o sí, y excepciones, y por qué, ése es el asunto no sólo teológico, sino también ciudadano, jurídico y moral. Pero, existiendo ya, que una chica pueda o no abortar sin el consentimiento familiar, es una tensión vacía: ¿o es que quienes tanto critican este punto de la ley serían partidarios, en el caso de que los padres se opongan al aborto, de forzar a la niña a tener ese hijo? ¿Cómo la obligarían? Esa coacción, ¿sería constitucional?

El aborto y su ley sólo parece una fina cortina de humo muy eficaz, porque hasta la oposición, que anda tan poco fina, ha caído en la trampa del aborto. Se seguirá abortando como hasta anteaer, y la ley nos equipara con Europa. El Gobierno la saca sin debate ni consenso. La ciudadanía, mientras, hasta el cuello, cómo va a pensar en tener hijos.